

SMU

www.smu.org.uy

ADVERTENCIA: El recurso que está visitando fue creado hace mucho tiempo y no ha sido revisado recientemente. Se mantiene como acervo de la Institución pero tenga en cuenta que puede contener información no relevante o desactualizada.

noticias

[Portada](#) [Catálogo](#) [Buscar SMU](#) [Anterior](#) [Siguiente](#)

HUMOR

¿Cómo limpiar la conciencia?

por Jorge (Cuque) Sclavo



Esta práctica, tal como la cocina, es una tarea de todos los días. Tal como los platos, se ensucia cada día. Y si uno los deja de un día para otro, aparecen las culpas. ¡Ni qué hablar cuando uno las deja acumular por mucho tiempo! Entonces empieza a perder la pileta y se le van para el inconsciente que viene a ser la grasera de la psiquis humana.

Si la conciencia fuera una pileta usted llamaría a un sanitario (si lo encuentra, porque a los sanitarios siempre los conocen otros: un amigo, un vecino o la tía de alguien, y, además, si le vienen, porque los buenos sanitarios siempre tienen mucho trabajo y los malos ya se

han acostumbrado tanto a no tener trabajo que ya no quieren tenerlo).

Perdón por la digresión pero ya verán que no lo es tanto. Porque cuando la grasera se inunda y las culpas chorrean para el inconsciente sucede que la grasera se tapa y a uno se le pudren los pensamientos. Que depresiones, que angustias, que abandonos... Deja de afeitarse, mira la tele, come bizcochos, mira la tele, no puede concentrarse, mira la tele, engorda, la ropa le queda chica, no sale, mira la tele.

Es entonces cuando le cae un amigo y ve el despelote que es su hábitat: los diarios empapelando el living, las bolsas del supermercado tiradas por todos lados, latas de sardinas en la biblioteca, papas chips de todos los tiempos regadas por todos los rincones del sofá. Es allí que al amigo le brota un gesto humanitario, lo ataca el Albert Schweitzer o la Florence Nightingale que lleva dentro de sí. Limpia toda la casa, lo sumerge a usted en la bañera y le prepara un buen churrasco con ensalada. Luego, lo sienta como para observar si se produjo alguna modificación en usted. Cuando ve que todo cambió, menos usted, agarra y dice:

-¡Tengo un psicoanalista para ti!

-¿Lo conocés?

-Es justo lo que vos necesitás. Es amigo mío.

Pero los psicoanalistas son seres más complicados que uno. El de su amigo no lo atenderá, precisamente porque usted es amigo de su amigo. Es una razón de encuadre psicoanalítico. Es el único oficio en que si usted quiere tener pacientes, le conviene no tener amigos ni conocidos, parientes o entenados. Tratándose de otros oficios ¿qué mejor que tener un amigo carpintero, pintor o ¡sanitario!? Pero con el analista es inútil: el hombre lo derivará. (Con todo el dolor del alma, porque tal como está el mercado, si al analista lo dejaran, con lo poco abundantes que hoy están los pacientes, el hombre sería capaz de psicoanalizar hasta a su propia madre, o a sí mismo, como hizo Freud, si a su vez él pudiese pagarse muy bien a sí mismo).

Entonces él lo derivará a otro analista. Pero ese otro no será del agrado de su amigo, quien ha recorrido todos los divanes de Montevi-

deo y es un sibarita de la *psykhé*. Su amigo, ya analizado muchas veces, ejerce gratuitamente su profesión de analizado-analista-amateur. Seguramente él podría darle una interpretación a su comportamiento tal como siempre lo hace con todos aquellos que le rodean. Lo hará también con usted. No se preocupe.

-Lo que tú estás experimentando es una regresión. Seguramente durante tu infancia padeciste una situación abandonica por parte de tu madre.

-No, che. Pará. Con la vieja no te metas. Que yo sé bien lo que piensan ustedes los freudianos de las madres.

-Me refiero a si tu madre no te castigó alguna vez...

-No. La vieja nunca. El que me fajaba era el viejo. Algún que otro soplamocos, como cuando le saqué la silla a la tía Aída y se sentó arriba de una tuna.

-¡Una tuna! ¿Viste? Un símbolo fálico. Decime: ¿tu mamá era fálica?

-Un momento. En casa el que llevaba los pantalones era el viejo.

-Así que tu mamá ¿nunca te castigó?

-No. Que yo recuerde... Ah, sí. Una vuelta no me dejó ir al cine porque no quise probar una torta de sardinas que ella había hecho y encima le pedí que me hiciese papas fritas.

-Ajá... Y decime: ¿con qué te alimentaste todos estos días?

-Papas fritas.

-¿Y qué más?

-Sardinas.

-¿Viste la ambivalencia? Las papas fritas significaban la transgresión a la orden materna. Por eso tenías que compensarla con las sardinas aquellas que de niño te negaste a probar y que fueron las que generaron el rechazo materno, para luego provocar en ti la culpa por esa relación amor-odio cuando ella te prohibió ir al cine. Esto último lo compensaste con la tele. Si tú estuvieses sano y tuvieses tu Edipo

resuelto, seguramente hubieses ido al cine. Pero al arrastrar todo este tiempo esa culpa, tu mente colapsó y resolviste castigarte con lo más abyecto: la tele. Entendiste, ahora ¿por qué necesitás un análisis de apuro?

Cuando él se fue, agarré la Guía, revoleé el dedo índice sobre las páginas amarillas destinadas a los psiquiatras y lo dejé caer. Doctor Segismundo Rodríguez, leí. Le pedí una entrevista.

Luego abrí una lata de sardinas y volqué en un plato una bolsa gigante de papas fritas. Por las dudas. Pueden ser las últimas.

/

